

tas de apasionada admiración —cartas que ahora puede leer el lector en el libro de Antonio Oliver—, casi al borde de la declaración amorosa, que, sin duda, Rubén evitó para no complicarse más su vida sentimental, ya bastante complicada entonces; Fidelina de Santiago, de la que Rubén habla como una «amiga inteligente, graciosa, aficionada a la literatura»; la misteriosa dama argentina que se ocultaba con las iniciales C. E., y otras muchas que harían inacabable la lista.

Pero las novedades del libro de Oliver no se limitan, ni mucho menos, a este sabroso capítulo de Rubén y las mujeres. Las relaciones del poeta con personajes y escritores de su tiempo, de España, de Francia y de América, encuentran en sus páginas nueva iluminación y enriquecimiento. Relaciones con Menéndez Pelayo, don Juan Valera, los hermanos Cavestany, Valle Inclán, Pérez de Ayala, Villaespesa, Antonio de Zayas, los pintores Santiago Rusiñol, Vázquez Díaz —que le retrató con atuendo de fraile— y el belga Henri de Groux y mil otros personajes. Varios capítulos de interés habría que destacar en esta nueva biografía de Darío. Así el de las islas habitadas por el poeta —Mallorca, la isla de Martín García, donde convaleció de una enfermedad grave; la isla de Cardón, frente al puerto de Corinto, en Nicaragua— o el de las Españas que Rubén conoció y amó: Castilla, Cataluña, Andalucía, Asturias, tierras vividas entrañablemente por el gran poeta de América.—JOSÉ LUIS CANO.

MANUEL ROJAS: *Mejor que el vino*. Empresa editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1958, 265 págs.

Novela del amor o de la realidad amorosa, sin idealismos convencionales, pero al mismo tiempo sin caer en torpes designios; libro bastante infrecuente, casi un estudio de sociología erótica, en el que sobre la base de las experiencias de los protagonistas lo que predomina son las reflexiones de los personajes, bajo la segura dirección del autor y la prosa llana de éste. Manuel Rojas se muestra en este libro tan alejado de las narraciones edulcoradas como de la proclividad malsana de algunos autores que un tiempo fueron famosos entre nosotros. La preocupación por no hacer subliteratura, tratando de un tema tan peligroso, parece habersele impuesto férreamente al autor, que no se permite ninguna excepción, ningún cántico de exaltación carnal, a pesar de haber sacado el título de *El cantar de los cantares*.

Con un estilo personalísimo, nada «literario», hecho a base de un buen dominio del idioma, sin pretensiones metafísicas, todo va saliendo en estas páginas como las volutas de humo de un cigarrillo: porque

sí, porque las cosas en este mundo son así. A veces encontramos párrafos larguísimos, que al principio dan una impresión de penuria expresiva, y, sin embargo, son premeditados, acaso el único efecto buscado por el autor: estilo y contenido se corresponden perfectamente.

En esta llanura de la vida, el amor aparece como una fuerza nada despreciable, como una necesidad, con sus recompensas y tristezas, con sus miserias y sus ilusiones. Nada de moralismos fatigosos, ningún héroe en un sentido o en otro, pero al mismo tiempo una alta moralidad, una aguda conciencia del valor humano: en sordina, pero firmemente, esta novela es un canto al amor humano, a toda la vida del hombre, en lo que tiene de hecho elemental, pero también de esfuerzo creador: eso que se llama amor no es un don gratuito, sino que hay que ganarlo.

¿Tendré que decir que sin propagandas y sin dogmatismos esta novela es profundamente democrática? Acaso sólo en Hispanoamérica, o en ciertas comarcas de ella, se pueden escribir libros como éste, de clarísima aspiración y logro artísticos, democráticos como una emanación de la tierra, es decir, en un sentido que trasciende lo político, y acaso por ello sin apariencias de combate. A mí algunas de estas novelas hispanoamericanas me suelen producir una impresión de atalaya de la vida humana, como si los autores, tras echar un vistazo de poderosa intuición, iniciasen un matiz de despedida. Algo de tristeza hay en esta actitud, porque es mucho lo que se abandona, o parece abandonarse, es decir, la ejemplaridad humana, el orgullo de toda una tradición; pero el resultado final no es nunca pesimista, porque la novela está impregnada de cariño por la criatura humana y porque, en definitivas cuentas, a pesar de todos sus defectos y contingencias, no hay por qué ocultar, el hombre, este vulgar Aniceto Hevia, protagonista de *Mejor que el vino*, que medita sobre sus experiencias, renuncia y se consuela, trabaja y ve pasar los días; el hombre es la máxima creación del hombre. Parodiando a Gracián, podríamos decir que más valen hombres que príncipes. Es decir, cortarse las alas, acaso para volar más alto. Lo que parece dominar en Manuel Rojas, a través de sus páginas, es un sentimiento de comprensión: ni se irrita ni se entusiasma; narra simplemente, con velada emoción.

En cuanto a la acción novelesca, no existe, o no tiene importancia: es errabunda, como los personajes, por aquí o por allá, ¿qué más da? Sin embargo, esto no nos debe engañar: el libro, como tal creación artística, está calculado, medido y vuelto a meditar. Y no sé, no sé;

me queda la duda de si esta novela no será también una admirable creación de laboratorio, en que el amor, o por lo menos algunos de sus protagonistas sociales, no estarán pintados con idealismo, es decir, justificados, según otros módulos que los corrientes. Acaso la justificación del instante, que siempre es pasajero.—ALBERTO GIL NOVALES.